

seguía aumentando y se hizo público al efectuarse los funerales de Manuel en agosto. Villèle consultó á los prefectos sobre las disposiciones de las provincias y, exceptuando tres ó cuatro, todos contestaron que en el caso de nuevas elecciones podía el gobierno estar seguro de la mayoría.

Carlos X no era del mismo parecer, y vacilaba en disolver la Cámara, por temer que las nuevas elecciones fortalecieran á la oposición. La simpática acogida que le hicieron en el norte de Francia, con motivo de un pequeño viaje, triunfó de sus vacilaciones, y al volver á París pronunció la disolución de la Cámara de diputados (5 nov.).

Para cambiar en provecho suyo la mayoría de la Cámara de los pares, el ministerio introdujo en ella 72 miembros nuevos sacados de entre sus propias hechuras, y acudió al país á pedirle que eligiese diputados afectos al poder. Las elecciones fueron una verdadera lucha. La sociedad liberal, *Ayúdame, que el cielo te ayudará*, estableció rápidamente sus juntas electorales, y por ambas partes se recurrió sin freno á la astucia y la audacia. Mas, triunfó la oposición. En París, en las elecciones de distrito obtuvieron los liberales 6.990 sufragios, sobre 7.800 votantes. Peyronnet, que se presentaba en dos colegios, no fué reelegido. Royer Collard salió por siete al mismo tiempo.

El partido victorioso estuvo á punto de comprometer su triunfo. En las calles de San Martín y San Dionisio estallaron desórdenes al grito de : *¡ Viva la carta ! ¡ Vivan los diputados ! ¡ Abajo los ministros ! ¡ Abajo les jesuitas !* La gendarmería tuvo que intervenir para mantener el orden, y hasta se levantaron barricadas ; pero al cabo de unos cuantos días de agitación los ánimos se calmaron, y el ministerio, condenado por los electores, por la pairía y la opinión, tuvo que retirarse (4 enero 1828).

Ministerio Martignac (1828-1829). — El 5 de enero anunció el *Moniteur* la constitución de un nuevo

gabinete, cuyos miembros pertenecían casi todos al centro derecho y eran por consiguiente realistas constitucionales. Este ministerio estaba compuesto del siguiente modo : Portalis desempeñaba la cartera de justicia, Ferronnays la de negocios extranjeros ; Caux la de guerra ; Martignac la del interior ; Chabrol la de marina ; Roy la de hacienda ; Saint-Cricq la de comercio ; y Frayssinous siguió encargado de la instrucción pública ; pero en mayo la reemplazó Vatimesnil, entrando como ministro de cultos Feutrier, obispo de Beauvais. Este gabinete recibió el nombre de *ministerio Martignac*.

La situación era delicada. El nuevo gabinete no gozaba de la confianza de la corte, que lo toleraba sin gran placer. Carlos X no había creído nunca que las ideas liberales pudiesen conciliarse con las prerrogativas del poder real, y sólo vió en el ministerio Martignac un gobierno de transición, que era preciso aceptar para poner término á la crisis de entonces, á reserva de buscar otros hombres y otros principios cuando las circunstancias se mostrasen favorables.

El primer cuidado de Martignac fue abolir la previa censura, presentando una ley sobre la prensa, muy severa en verdad en sus penas ; pero en la cual no se encontraban las medidas represivas características de las anteriores. Además, realizó un gran acto de probidad política sometiendo las listas electorales á publicidad permanente, con el fin de que las elecciones fuesen sinceras y leales ; pero estas medidas se volvieron contra sus mismos autores. Los periódicos se sirvieron de la libertad que les concedían únicamente para mostrarse más agresivos, y la oposición liberal triunfó en todas las elecciones parciales. « Ya ve V., dijo el rey á Martignac, á dónde nos llevan sus leyes. »

Se había entrado en la vía de las concesiones y no tardó en prepararse un ataque general contra el clero y las congregaciones religiosas, con la espe-

ranza de dar gusto á la opinión, sobreexcitada desde hacía mucho tiempo por los periódicos liberales. Ya en 20 de enero se había nombrado una comisión para redactar un informe sobre las escuelas eclesiásticas: componíanlo nueve miembros: Quelen, Feutrier, La Bourdonnaye, Noailles, Courville, Lainé, Monnier, Seguiet y Dupin. Los cinco primeros declararon que, bajo el régimen de la Carta, que garantizaba la libertad civil y religiosa, no era lícita escudriñar la conciencia de nadie para averiguar los motivos de su conducta religiosa, y que colocados como estaban los seminarios bajo la dirección de los obispos, no se oponían en nada á las leyes del reino. Lainé, Monnier, Seguiet y Dupin creían lo contrario, y tal fué también el parecer del gobierno.

Ordenanzas de 1828 (16 junio). — Portalis en persona redactó la primera ordenanza, la cual determinaba que á partir del 1º de octubre, los establecimientos de enseñanza dirigidos por los jesuítas, quedarían sometidos al régimen universitario, y que en adelante nadie podría enseñar si no declaraba por escrito que no pertenecía á ninguna congregación no autorizada por las leyes en Francia.

La segunda ordenanza, firmada por el obispo de Beauvais, Feutrier, disponía que el número de escuelas eclesiásticas en cada diócesis sería limitado; que el número de discípulos recibidos en los seminarios no pasaría de veinte mil; que no se admitirían en ellos externos, y que al cabo de dos años, cada seminarista tendría obligación de vestir el traje talar. Esto equivalía á herir de muerte la enseñanza clerical.

La conciencia del rey se rebelaba ante la idea de firmar estas ordenanzas, y fué necesario disculpar largo tiempo antes de lograr que consintiese en efectuarlo. Cuando el obispo de Beauvais los presentó á la firma. Carlos le dijo: « Mi querido obispo, no debo ocultaros que esta firma es lo que más me ha costado dar en esta vida; por ella me pongo frente á mis ser-

vidores más fieles, á quienes amo y estimo. ¿No os parece que hacemos una cosa mala? — No, Señor, respondió el prelado; al contrario, así se salva la religión de una gran ruina. »

Estas ordenanzas sembraron el estupor entre los católicos, y excitaron la alegría de los liberales. Los jesuítas, que no podían prestar el juramento de ellos exigido, y que no querían someterse al régimen universitario, desaparecieron de la escena, sin exhalar la menor queja. Los obispos protestaron en nombre de la independencia del sacerdocio, y elevaron al rey una memoria donde constaban sus reclamaciones. Y como el ministro de cultos insistiere para que el episcopado se sometiera, el decano de los obispos, el cardenal de Clermont-Tonnerre, arzobispo de Tolosa, le respondió en estos términos famosos: « El lema de mi familia, que le fué dado en 1120 por Calixto II, es éste: *Etiam si omnes, ego non*. Mi conciencia lo ha adoptado también. »

El papa León XII y el nuncio Lambruschini creyeron que era prudente no intervenir en este conflicto, é hicieron comprender á los obispos que en la práctica se tendrían en cuenta sus observaciones, y que la letra de la ley cedería ante sus justas quejas.

§ II. — *Ministerio Polignac. — Toma de Argel. — Las ordenanzas. — Revolución de Julio.*

Ministerio Polignac. — El ministerio había hecho las más peligrosas concesiones. El liberalismo y el galicanismo llegaron hasta sacrificar los más graves intereses de la Iglesia; pero no por esto quedaron satisfechos los liberales. En la legislatura de 1829, Martignac se vió atacado simultáneamente por los realistas y los liberales; unos lo creían demasiado avanzado, y otros lo llamaban retrógrado. Así era que se esperaba un cambio de ministerio.

En efecto, el 8 de agosto, unos cuantos días después de terminar los trabajos legislativos, se supo que Mar-

ignac se había retirado y que el rey acababa de constituir nuevo gobierno, entrando en negocios extranjeros el príncipe de Polignac, en guerra el conde de Bourmont, en el interior el de la Bourdonnaye, en la justicia Courvoisier, Chabrol en hacienda, Haussez en marina y Montbel en instrucción pública y cultos. Este gabinete había sido designado fuera de todo influjo parlamentario; pero la presencia en él de Polignac, Bourmont y la Bourdonnaye, le daba significación clarísima.

Polignac procedía de una familia muy antigua del Velay; sus antepasados habían tenido los títulos de conde, marqués y duque, y él recibió del Sumo Pontífice el calificativo de príncipe romano. Sabíase, por otra parte, que era muy afecto al rey, y muy hostil á los hombres y cosas de la Revolución.

Bourmont abandonó el ejército francés la víspera de la batalla de Waterlloo, y la Bourdonnaye, que en 1815 protestó violentamente contra los partidarios de Napoleón, al dictarse la amnistía, era considerado como un ultrarrealista exaltado.

Carlos X había dicho: « ¡Basta de concesiones! », formando un ministerio abiertamente hostil á las ideas liberales. Los partidarios de estos recogieron el guante, y sus periódicos empezaron aquella lucha, que debía acabar con la ruina de la monarquía. Chateaubriand presentó su dimisión de embajador en Roma, y varios miembros del consejo de Estado, Bertin de Vaux, Villemain, Agier, Salvandy, lo imitaron. El *Diario de los Debates* dejó entrever como uno de los medios que tal vez emplearía la oposición en un caso extremo la negativa de pagar las contribuciones. Esta idea fué acogida en Bretaña, y la asociación bretona se comprometió á aceptar aquella medida, en el caso de que la Carta fuese violada. En vista de esta iniciativa, el gobierno persiguió al *Diario de los Debates*; pero la audiencia real se negó á condenarlo (24 diciembre).

Habiendo realizado La Fayette en septiembre un viaje

al sur de Francia, el pueblo lo acogió con entusiasmo amenazador para el poder real. En este general veían todos la personificación de los principios de 1789; y en Lyon lo recibieron con pompa triunfal. La oposición, que se sentía vigorosamente apoyada, multiplicó el número de sus órganos, fundando el *Temps* y el *National*. Este último periódico tenía como redactores principales á Thiers, con Mignet y Carrel.

El año de 1830 empezó bajo tristes auspicios. El invierno era muy duro, y la crisis industrial y comercial había hecho muy raro el numerario, á la vez que se pagaban muy caros el pan y todos los objetos de primera necesidad. En París, el pueblo padecía mucho y si bien el rey daba ejemplo de generosidad, la beneficencia pública no bastaba á aliviar tanta miseria, que sembraba la irritación en los espíritus.

La familia real mostró su descontento en las recepciones del día de año nuevo. La audiencia real acababa de absolver al *Diario de los Debates* y el *Courrier*; así fué que al presentarse los magistrados en las Tullerías, la duquesa de Angulema los acogió con aire muy severo; y Carlos X dijo al presidente Séguier « que invitaba á los magistrados á no olvidar nunca los importantes deberes que tenían á su cargo, y á mostrarse dignos de las muestras de confianza que recibían de su rey. »

Discurso del trono. Mensaje de los doscientos veintiuno. — El ministerio había adoptado una táctica que no carecía de habilidad, contestando á sus adversarios más apasionados: « Somos hombres nuevos y debéis esperar nuestros actos para juzgarnos. » Su propósito era no ocuparse principalmente sino de los intereses materiales, probando al pueblo, merced á una atinada administración de los recursos del Estado, que su deseo era disminuir las cargas públicas. Y como Francia ha ambicionado siempre la gloria militar, el gobierno se dispuso á darle satisfacción en este sentido, exigiendo del rey

de Argel satisfacción por el insulto hecho á la bandera francesa.

Cuando el ministerio se creyó en situación de ejecutar este proyecto, convocó las cámaras. La apertura se efectuó con gran solemnidad el 2 de marzo de 1830. El rey empezó por anunciar en su discurso que la guerra había terminado en Oriente, y que las naciones habían designado un príncipe que reinara en Grecia. Luego añadía : « En medio de los graves acontecimientos que preocupaban á Europa, he debido suspender el efecto de mi justo resentimiento contra una potencia berberisca; pero no puedo dejar impune más tiempo el insulto hecho á mi bandera; la reparación completa que deseo obtener, á más de dejar satisfecho el honor de Francia, será, con ayuda del Omnipotente, provechosa para la cristiandad! »

Estas enérgicas palabras, que hubiesen debido excitar viva sensación en la asamblea, la dejaron fría y silenciosa. Después hubo un movimiento de sorpresa, cuando el rey, elevando la voz, añadió en tono firme, aunque conmovido : « La Carta ha puesto las libertades públicas bajo la salvaguardia de los derechos de mi corona. Estos derechos son sagrados : mi deber hacia el país consiste en transmitirlos íntegros á mis sucesores.

» Pares de Francia, diputados de los departamentos, no dudo que obtendré vuestro concurso para realizar el bien que me propongo. Espero que rechazaréis con desprecio las pérfidas insinuaciones que la malevolencia trata de propagar. Si se realizaran culpables manejos encaminados á suscitar á mi gobierno obstáculos que no quiero prever, encontraré fuerzas para vencerlos en mi resolución de mantener la paz pública, en la justa confianza de los franceses y en el afecto que siempre han mostrado hacia su rey. »

Estas últimas palabras fueron consideradas como una amenaza contra la Carta, y en este punto de vista fué donde se colocó la comisión de la cámara de diputados

para redactar la contestación al mensaje. En respuesta al último párrafo del discurso de la corona, los diputados decían : « Señor, la Carta que debemos á la sabiduría de vuestro augusto predecesor, y cuyos beneficios se propone consolidar vuestra majestad, consagra, como un derecho, la intervención del país en la deliberación de los intereses públicos. Esta intervención debe ser, y es, en efecto, indirecta, prudente, limitada, circunscrita á límites perfectamente determinados, y que nosotros no permitiremos nunca que sean traspasados. Pero esta acción es positiva en su resultado, pues hace del concurso permanente de los propósitos políticos de vuestro gobierno y de los deseos de vuestro pueblo, la condición indispensable de la marcha regular de los asuntos públicos. Señor, nuestra lealtad, nuestra abnegación nos condenan á deciros que este concurso no existe.

» Una desconfianza injusta de los sentimientos y de la razón de la Francia, es hoy el pensamiento fundamental de la administración. Vuestro pueblo lo lamenta, porque la considera injuriosa, y se muestra inquieto por ello, toda vez que lo considera amenazador para sus libertades. »

De cuatrocientos dos que eran los diputados, firmaron el mensaje 221. El rey tuvo por de pronto idea de no recibirla, imitando á Luis XVIII, que se había negado á dejar leer en su presencia la de la Cámara de 1821. Pero sus consejeros estimaron que sería más eficaz y digno permitir que los liberales hablasen en presencia del monarca. El presidente de la cámara, Royer Collard, leyó la contestación al mensaje con voz muy firme al principio, pero que temblaba un tanto al llegar á la declaración de negativa de colaboración. El rey, profundamente conmovido, respondió.

« Señores : he oído la contestación al mensaje que Vds. me presentan. Tenía derecho á contar con el apoyo de ambas Cámaras para realizar el bien que intentaba; así es que mi corazón se aflige al oír que

los diputados de los departamentos declaran que no puedo disponer de su colaboración.

» Señores : mis intenciones han sido expuestas en el discurso del trono, hoy debo añadir que aquellas resoluciones son *inmutables*; el interés de mi pueblo me prohíbe separarme de la línea de conducta que me he trazado. Mis ministros os harán saber mis decisiones. »

Disolución de la Cámara (16 mayo). **Nuevas elecciones.** — La ansiedad era general y todo el mundo se preguntaba qué iba á suceder. La Cámara se reunió al día siguiente de lo referido (19 marzo); en esta sesión se dió lectura á un mensaje del rey, que ponía término á la incertidumbre, pues declaraba suspendidos los trabajos legislativos hasta 1.º de septiembre. Tal declaración equivalía á una disolución de la Cámara, y en efecto, el 16 de mayo vió la luz el decreto convocando de nuevo á los electores.

Tres días después se modificó el ministerio. Habiéndose retirado La Bourdonnaye, Polignac lo reemplazó por Peyronnet, encargando de la hacienda á Montbel, de la justicia á Chantelauze, y dando el ministerio de obras públicas á Capelle. Polignac estaba convencido de que, en el caso de que las elecciones no fuesen favorables al poder, le quedaba el derecho de interpretar en sentido dictatorial el art. 14 de la Carta, y por esto quiso rodearse de personas que pensaban de análoga manera.

Por lo demás, se engañaba sobre la disposición de los ánimos; Polignac creía que la oposición de los 221 carecía de arraigo en el país y que la agitación era puramente superficial. Los informes de los prefectos le aseguraban que obtendría por lo menos cuarenta votos de mayoría, de ocurrir lo cual, hubiese quedado reducida á silencio la oposición, y el gobierno excitado por el país á continuar en las vías de reacción que había inaugurado.

La corte pareció al principio muy tranquila, y al pa-

sar por París los reyes de Nápoles, con motivo del casamiento de su hija María Cristina con Fernando VII, rey de España, se celebraron en las Tullerías festejos espléndidos. Los del duque de Orleans fueron más suntuosos todavía. El rey asistió á ellos y encontró en los salones de su primo toda la flor y nata de la oposición parlamentaria. En el momento más animado de la fiesta, Salvandy se acercó á Luis Felipe y le dijo : « Bailamos sobre un volcán. »

Las elecciones se preparaban en toda Francia con febril ardor.

La sociedad *Ayúdate, que el cielo te ayudará* había enablado activa correspondencia con los comités departamentales; en cada cabecera de distrito se organizaron comisiones consultivas, encargadas de guiar y dirigir á los electores liberales; la prensa entera de oposición tomó como divisa *la reelección de los 221*, sin preocuparse de los antecedentes de aquellos diputados.

Los primeros resultados se conocieron el 23 de junio. De 198 actas, sólo había logrado el gobierno 55. Polignac esperaba que el escrutinio de 3 de julio en los grandes colegios restablecería la balanza en su favor; pero sus ventajas se redujeron á unos cuantos nombramientos.

Con arreglo á los principios del gobierno constitucional, el gobierno hubiese debido dimitir; pero siguió firme, y dispuesto á llevar á cabo un golpe de Estado, Mas, antes de intentarlo, esperó á conocer los resultados de la expedición que había ido á África, con la esperanza de que el prestigio de las armas nacionales le daría fuerzas para realizar sus propósitos.

Asuntos de Argel. — Hacía mucho tiempo que Francia tenía motivos de queja, contra el dey de Argel, que tenía bajo su dependencia las provincias de Orán, Tittery y Constantina, administradas por gobernadores que nombraba el sultán de Constantinopla. Esas regiones se habían convertido en un refugio de

piratas, donde vivían en revuelta confusión, vigilados por los janisarios, turcos, judíos, moros, árabes y cristianos renegados.

Francia poseía en la provincia de Bona cierta extensión de costas adquiridas en 1650, por las cuales hacían sus mercaderes tráfico un tanto importante. El dey se apoderó de estas posesiones, que tenían el nombre de *concesiones de África*, bajo el pretexto de que Francia se había negado á pagar ciertas deudas reclamadas por algunos de sus vasallos. Al fin restituyó dichos territorios en 1817; pero elevando el tributo anual de 17 mil á 60 mil francos; dos años después, Husseyn pidió 200 mil.

Unos mercaderes argelinos que habían suministrado cereales á la república francesa, de 1793 á 1798, reclamaron al tesoro cuatro millones. El crédito se redujo á 7, según convenio de 28 de octubre de 1826. Francia pagó 4 y medio, reservando el resto en la caja de depósitos como garantía de comerciantes marseleses que tenían contra Argel créditos equivalentes á esa diferencia. El dey se enfureció, y mandó desvalijar los navíos franceses que se consagraban á la pesca del coral.

Por fin, al oír las justas quejas del cónsul de Francia, el potentado berberisco le tiró á la cara, en audiencia solemne, un abanico que tenía en la mano. Declaróse por esto la guerra y Francia envió una escuadra, mandada por el capitán Collet, para que castigase á aquellos corsarios. Victoriosa en un primer combate (4 oct. 1827), bloqueó el puerto de Argel; mas, el cerco no era bastante riguroso y costaba á Francia 7 millones al año, sin causar daño ninguno á los argelinos.

Toma de Argel. — El ministerio Martignac había resuelto poner término á esta situación; pero antes de efectuar un desembarco en África, quiso intentar un arreglo. Al efecto en cargó al capitán la Bretonnière que propusiese al dey las bases de un arreglo, anun-

ciándole que, en caso de negativa, Francia haría respetar su derecho por la fuerza de las armas. « Yo también tengo pólvora y cañones, replicó el dey; no podemos entendernos; márchate. » El capitán se fué en efecto al día siguiente, á bordo de la *Provenza*; pero en el momento de pasar ante las baterías que protegían la entrada del puerto, por la parte de alta mar, el dey hizo tirar sobre el barco, violando de esta manera bárbaramente el derecho de gentes.

La honra de Francia exigía pronta y clara satisfacción. Bourmont, ministro de la guerra, propuso inmediatamente una expedición naval; siguiéronse sus consejos y él mismo fué encargado de la expedición, que contaba 37.000 hombres, sin incluir los de marina. Para efectuar el paso del Mediterráneo se reunieron en Tolón cien barcos de guerra y quinientos transportes, tripulados por 27.000 hombres. El almirante Duperré fué encargado del mando de la escuadra.

El dey de Argel no se hallaba en estado capaz de resistir á fuerzas semejantes. La población de las provincias de Argel, Tittery, Constantina y Orán no ascendía á más de un millón de habitantes. No era posible, pues, esperar de los gobernadores de estos territorios ayuda suficiente; así es que Husseyn contaba más bien sobre el mar que en el valor de sus tropas para verse libre de los franceses.

El desembarco se efectuó el 14 de junio en Sidi-Ferruch, al oeste de Argel, casi sin resistencia. El ejército árabe fué atacado y vencido el 19, en la meseta de Staueli. Otro triunfo, obtenido el 24, permitió al ejército francés llegar hasta los baluartes de Argel. Desembarcóse artillería de sitio, y se la emplazó delante del fuerte del Emperador, que dominaba á Argel por la parte sur. Los cañones de la escuadra bombardeaban la ciudad, mientras las piezas de tierra desmoronaban la fortaleza. Viéndose envuelto por todas partes, el dey mandó volar el fuerte del Emperador (4 julio) y al día siguiente eran los franceses dueños de Argel. En el

palacio encontraron un tesoro de cincuenta millones, que sirvieron para pagar los gastos de la guerra.

La noticia de este glorioso hecho de armas llegó á Francia en los mismos momentos en que el gobierno acababa de ser vencido; de 432 diputados, 287 le eran hostiles. Sus partidarios le aconsejaron que no cediese y que, fundándose, en los derechos que le concedía el art. 14 de la Carta, dictara ordenanzas encaminadas á hacer que se ejecutasen las leyes y á garantizar la *seguridad del Estado*.

Los liberales exigían la destitución de los ministros; pero Carlos X creyó que era debilidad consentir en un cambio de ministerio en aquellas circunstancias. « Fingen, decía á sus ministros, que toda la antipatía es contra Vds., y me dicen: despida V. M. á los ministros y nos entenderemos. Pero no lo haré, primeramente porque siento hacia vosotros estimación y afecto; y en segundo lugar porque, si cediese á esta exigencia, me tratarían como trataron á mi hermano. »

Ordenanzas de julio. — Decidióse el golpe de Estado por acuerdo general de todos los ministros, menos de Guernon-Ranville, que no admitía la interpretación dada al art. 14 de la Carta. Peyronnet recibió en consecuencia el encargo de redactar las famosas ordenanzas que consagraban tan grave medida; estos decretos se leyeron en el consejo celebrado el domingo 25 de julio en el palacio de Saint-Cloud. El delfín los aprobó, pero contra su pensamiento íntimo. Antes de firmarlas, Carlos X pareció sumido en profundas reflexiones y al fin, alzando la frente, dijo: « Mientras más medito sobre el caso, más convencido quedo de que no hay medio de proceder de otro modo. » Los representantes de los gobiernos extranjeros, que conocían las medidas proyectadas, trataron de disuadir al rey; pero éste creyó asunto de honra y de dignidad el no retroceder.

El *Moniteur* publicó las ordenanzas el 26 de julio.

La primera suprimía la libertad de la prensa.

La segunda modificaba la ley electoral; suprimía los colegios de distrito, declaraba que la contribución industrial no volvería á contarse en el censo necesario para ser elector ó elegible, y atribuía á los prefectos, de manera exclusiva y omnímoda, el derecho de formar las listas electorales.

La tercera declaraba disuelta la cámara de diputados que acababa de ser elegida y la cuarta fijaba en septiembre la fecha de las nuevas elecciones.

La oposición declaró que estas ordenanzas eran ilegales. Como la libertad de la prensa existía en virtud de una ley, se pretendió que no era posible suprimirla por medio de una ordenanza. La segunda fué acusada de cambiar el carácter de las elecciones, convirtiéndolas en privilegio aristocrático. « La monarquía, dijeron, tiene derecho para disolver la cámara; pero este derecho no llega hasta poder anular las elecciones, según lo efectúa la tercera ordenanza, pronunciando la disolución de una cámara que aun no existe. »

Los redactores de periódicos, que fueron los primeros atacados, se reunieron para redactar una protesta. En este documento, obra principalmente de Thiers, se decía que las ordenanzas eran una violación manifiesta de las leyes, que el régimen legal se hallaba en suspenso, que el de la fuerza empezaba, y que en tal situación, *la obediencia dejaba de ser obligatoria*.

Jornadas de los días 27, 28 y 29 de julio.

— El 27 de julio, el *Temps* y el *National* salieron sin autorización, insertando en sus columnas la protesta de los periodistas. El gobierno hizo romper las prensas de todos los diarios que se negaron á someterse; el presidente del tribunal del Sena, Debelleyme, y el tribunal de comercio declararon ilegales las ordenanzas que acababan de ser dictadas.

Alrededor del Palacio Real se formaron grupos, y algunos oradores populares se pusieron á arengar la multitud al grito de; *¡Viva la Carta!* El gobierno tenía

tal confianza en que la resistencia sería insignificante, que la guarnición de la capital contaba apenas 12.000 hombres; el mando se entregó al mariscal Marmont, duque de Ragusa. La misma oposición no contaba con el triunfo de aquellos « hombres de blusa, que se agitaban sin armas y sin disciplina », y Armando Carrel proclamaba de antemano la derrota del pueblo.

Pero el 28 era completamente distinto el aspecto de las cosas. La insurrección se había generalizado. Marmont, que en su interior maldecía el encargo que le dieran, y que tenía la responsabilidad, procedía con vacilaciones y dudas. Además, sus doce mil hombres le parecían insuficientes para resistir á la insurrección, cada vez más grave. Al fin se trabó la lucha, á las diez de la mañana; pero el ejército fué rechazado en todas partes. Después de apoderarse del Ayuntamiento y de haber llegado hasta la Bastilla, tuvieron que replérgase sobre las Tullerías. El rey, que se hallaba en Saint-Cloud, no empezó á abrigar temores hasta el fin de la jornada. Como creía haber cumplido con su deber, este sentimiento le había inspirado hasta entonces gran tranquilidad.

La noche puso término al combate; pero el 29 se convirtió en revolución lo que hasta entonces se había considerado como sencillo motín. Establecióse en el Ayuntamiento una comisión municipal, y quedó proclamado el restablecimiento de la guardia nacional con La Fayette como general. Esta guardia se unió al pueblo; el Louvre y las Tullerías fueron tomados; varios batallones de tropas de línea rindieron las armas, y el duque de Ragusa tuvo que retirarse en la dirección de Saint-Cloud.

Dos pares de Francia, Semonville y Argont fueron á dicho punto, con objeto de lograr que el mariscal pudiese término á las hostilidades, y obtener de Carlos X la revocación de las ordenanzas. La retirada de Marmont, y el temor de comprometer la vida de la Delfina, que entonces se hallaba en Vichy, hicieron que el rey

consintiere en lo que se le pedía. Al mismo tiempo encargó á Montemart y á Casimiro Perier de formar un nuevo ministerio. Pero á las diez de la noche todo estaba resuelto, y cuando Semonville se presentó ante la comisión municipal á dar cuenta de las concesiones que acababa de efectuar Carlos X, Schonen le respondió: « ¡ Ya es tarde ! »

Abdicación de Carlos X y del Delfín (2 agosto).

— Cuando la duquesa de Berry, que miraba en la dirección de París con un antejo de larga vista, distinguió la bandera tricolor ondeando sobre las Tullerías, comprendió que el trono de su hijo se hallaba en peligro. Entonces pidió permiso al rey para presentarse en persona ante los parisienses con su hijo; mas, la familia real, completamente desconcertada, no pudo resolverse á esta heroica, aunque impracticable medida. Retiróse á Trianón con los restos de la guardia, y desde allí se dirigió sobre Rambouillet.

En este punto supieron que, no obstante los republicanos, empeñados en abolir la monarquía, había sido proclamado lugarteniente general del reino el duque de Orleans, que entró en París el 31 de julio. La Fayette en persona lo recibió en el Ayuntamiento, presentándolo al pueblo como *la mejor de las repúblicas*. Carlos X quiso hasta el fin poner á salvo sus legítimos derechos, y se apresuró en consecuencia á dar aquel título al duque de Orleans, enviándole su acta de abdicación, así como la del delfín (2 agosto).

Luis Felipe le despachó un emisario secreto para hacerle saber que no tenía poder bastante para lograr que la nación aceptase dichas actas, y le aconsejó que se alejase de Francia. Carlos X se despidió entonces de su guardia en Maintenon, atravesó la Normandía, y se embarcó en Cherburgo para un tercero y postrer destierro, durante el cual habitó Holyrood en Edimburgo, el castillo de Hradchin en Praga y Goritz en Iliria, donde murió el 6 de noviembre de 1836.